

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 pts
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00
 Extranjero . . . 1'50

Los devastadores pasan...

En el retroceso de la historia los profesionales del crimen pasan... aureolados de sangre, sudando la muerte, respirando la matanza, llenando el horizonte con sus correrías siniestras y despiadadas, sembrando en su camino la ruina, el duelo, el degüello, la mutilación, el espanto. Movidos por la ambición sordida, aspiran a la conquista, a la dominación absoluta. Su ideal estriba en que toda rodilla se prostorne ante ellos y toda lengua confiese el poder de que se revisten. No producen, no enseñan, no buscan a hacer de sí mismos seres equilibrados y no se cuidan de apreciar la vida, no albergando el menor respeto de la existencia humana. Indiferentes al valor moral y a la cultura intelectual, tanto como a los sueños del poeta y a la obra del artesano, no se emocionan con las lágrimas de los huérfanos, ni con los gemidos de las viudas, ni con las lamentaciones de los ancianos... Pasan insensibles, crueles, fríos como el mármol.

Las desesperaciones se acumulan en su ruta. Aquí, una ciudad antes floreciente, es hoy un montón de escombros; allá, una provincia entera asolada, devastada, incendiada. Las cosechas en baldío, las escuelas desiertas, los talleres en llamas... Pasan, y generaciones enteras de hombres en la fuerza de la edad, en pleno vigor, son arrasadas como espigas por el granizo... ¡Oh!, estas hecatombes de vivos por miles, por cientos de miles; de vivientes arrancados a la existencia, a la esperanza, al goce de los placeres normales, ¿quién las describirá como son en la realidad, lúgubres y repugnantes?...

Pasan en la historia los agentes de destrucción, inútiles y parásitos, sembradores de terror y miseria. Insaciables, encuentran siempre un territorio nuevo a añadir a sus dominios, un pueblo recalcitrante a humillar, una revuelta a sofocar, un enemigo a anular, un concurrente cuyo poder les estorba. No se mezclan en las contiendas, sino que exponen a otros, pobres mercenarios o cerebros débiles, hipnotizados por la sonora palabra. Y los desgraciados obedecen, no perteneciéndose, embriagados por el calor de la lucha. Corderos dóciles que ni aún tienen necesidad de matarifes para arrancarse la vida, para degollarse...

Los devastadores pasan... huid de

vuestras viviendas, a lo lejos, sobre las montañas. Salvad la vida. No tienen piedad... Alerta... Los que les siguen también están desprovistos de compasión. Escuchad el galope de sus caballos. Vedlos montados en la gloria y el polvo, aclamados, adorados, deificados... Se llamaron Sesostris, Cyro, Alejandro, César, Atila, Gengis Khan, Tamerlan, Mahomet II, Aureng Zeb, Napoleón, Bismark, y se llamarán lo que el destino fije... Hay sangre en sus manos y sus trajes están ajados. Contempladles. Son la encarnación de la fuerza bruta, que ignora los escrúpulos, que viola los contratos, que ataca sin aviso, que rompe, destruye y aniquila... Tened cuidado... Son los que matan.

Pero ¿puede que son los malditos y los detestados, símbolos del terror y la matanza, ¿por qué se imprime en los cerebros infantiles el recuerdo de sus gestos? Puesto que han vivido como vampiros, ¿por qué se decoran con sus estatuas las plazas de las grandes ciudades civilizadas y pacíficas? Puesto que han acumulado el dolor y el sufrimiento, ¿por qué se dan sus nombres a las calles? ¿Por qué, pues, no se hacen esfuerzos para desterrar de la memoria de los hombres las hazañas de los devastadores, los causantes de estos crímenes colectivos?

Es, sin duda, porque sin ellos no existirían las sociedades modernas en que evolucionamos. Para que el ambiente barnizado de civilización, reluciente, humanitario y sensible que conocemos haya podido constituirse ha sido necesario que los seres humanos hayan perecido en masas. En la sangre y el fuego se procrea una sociedad. Nuestras sociedades modernas ponen en la piqueta de la opinión a los asesinos mediocres que comparecen ante los tribunales de justicia y les reservan el ignominioso cadalso. Para merecer un puesto en los libros escolares es preciso ser grande, célebre, haber realizado aventuras como en Jena, Wagram, Sadowa, Sedán, la Comune... Y cuando estos asesinos pasan por las poblaciones de que han diezmado la mejor parte, no son acogidos con gritos de muerte, sino con ebrios entusiasmos y aplausos frenéticos...

E. ARMAND

Del francés. M. C. I.

ria plenas de entusiasmo, como si allí defendieran su amor, su libertad y su vida. Y así vemos, tras el atentado de Sarajevo, un acto de justicia contra el opresor militarista y bárbaro que tenía sometida bajo su dominio la Bosnia y la Herzegovina y que amenazaba someter a toda la Serbia y Montenegro, como Rusia, la nación que en la edad moderna es una vergüenza para la civilización por los procedimientos que usa contra aquellos que osan pensar libremente y exteriorizar su deseo de constituir una Rusia nueva, la Rusia del trabajo, de la ciencia y del arte; y esa Rusia bárbara, que tiene sometidas a diversas razas y diversos pueblos en su inmenso territorio europeo y asiático, sostiene que es la defensora de las pequeñas nacionalidades y del pan-eslavismo y no permitirá que ninguna nación coarte los derechos de los pequeños pueblos de su raza; Alemania aprovecha esa actitud de Rusia y explota el fantasma monstruoso del peligro ruso, y el pueblo alemán se prestó a los manejos de sus gobernantes, que preparaban la guerra hace muchos años, como consecuencia de la hegemonía industrial y comercial que había conquistado en la generalidad de los mercados del mundo.

Al compás de esta cuestión de razas y del deseo de imponer la hegemonía comercial e industrialista a las naciones pequeñas y atrasadas en el terreno de la producción, se explota la otra relacionada con la civilización y los sistemas políticos, queriendo demostrar la superioridad de unos sobre otros para así sostener que la guerra europea tiende a matar de hecho el militarismo alemán, que amenaza invadir toda Europa para imponer su hegemonía lo mismo económica, que política, que jurídica. Y este estribillo vino explotándose hasta ahora para justificar una intervención que, a más de bárbara, es criminal, puesto que no hay razón que la justifique.

La guerra actual no es una guerra de razas, porque no puede admitirse que Rusia, que ha sometido siempre las pequeñas naciones eslavas, salga ahora en defensa de Serbia y de Montenegro y no se haya preocupado de las otras pequeñas nacionalidades, eslavas también, que el doble imperio de Francisco José tiene sometidas desde su constitución. No es guerra de razas porque Alemania es una Confederación de pequeñas naciones, todas de diversas razas, como lo es Inglaterra, que es un compuesto de germanos del Norte y escandinavos, pudiendo afirmarse históricamente que la gran Bretaña y Alemania son parientes en lo referente a las razas que ambas le han dado orígenes; pero es de una puerilidad tan grande sostener que la guerra actual es una guerra de razas, que demuestra que quien lo afirma desconoce en absoluto el desarrollo de la Humanidad a través de la Historia, puesto que hoy se puede demostrar que las razas se han confundido, se han entrelazado de tal manera, que es imposible señalar la influencia de una o de otra en la vida de los pueblos.

Y los mismos argumentos que se emplean para demostrar lo de la guerra de razas, se emplean para sostener la superioridad de pueblos, de organizaciones políticas y de civilizaciones, negando así los verdaderos orígenes de esta contienda, cerrando los ojos a la razón, para así hacer que intervengan más pueblos en esta locura, que sólo tiene por misión matar en germen la revolución salvadora que había de transformar valores esencialmente humanos, libertando al hombre y a los pueblos de todas las opresiones y tutelas.

Frente a todos los Estados pequeños y grandes; frente a Austria-Hungría, que mata el derecho de pueblos e individuos y los somete al capricho de sus gobernantes; frente a Alemania, que conculca la libertad; frente a Rusia, que entierra anualmente en la fría estepa de Siberia cien mil hombres porque piensan alto y sienten hondo y agarrotan mil pequeños pueblos, anulándolos para la vida cotidiana; frente a Bélgica, que asesina en el Congo al pueblo; frente a Francia, que mata en Madagascar para hacer el caldo gordo a los ca-

pitalistas y que en nombre de la democracia persigue bárbaramente a los periodistas honrados que no venden su pluma por cuatro cuartos y en nombre de la civilización mantiene la guillotina y un régimen carcelario digno de la Edad Media, y frente a Inglaterra, que ha robado al mundo, que se ha hecho el imperio colonial más bárbaro, que ha matado las libertades efectivas de su pueblo dando gracias reales, que quita cuando quiere y que, imponiendo el sistema de las reformas legales, pretende matar todo espíritu revolucionario, alargando así los días de miseria y de infortunio para los miserables que se pasan, en pleno Londres, días y días de hambre que les hace pálido el rostro, con esa palidez de la muerte, que más bien que seres humanos se parecen a cadáveres que van en busca del sepulturero. Frente a todos el proletariado debe erguirse y colocarse en línea de batalla para destruir todo aquello que pueda ser un obstáculo para su libre desenvolvimiento moral, físico e intelectual.

Hoy como ayer levantemos la bandera de la gran Internacional de los Trabajadores, afirmando nuestro deseo de emancipación y de libertad; hoy como ayer sostenemos que para la clase trabajadora, organizada o no, no hay diferencia de razas y de nacionalidades; hoy como ayer hay que afirmar que el desheredado, el escarnecido, el vilipendiado por todos los sicarios al servicio de la burguesía y del Estado no tienen patria; su patria es la tierra que pisa con permiso de los amos y sus sicarios, y por eso ha de afirmar su odio a la guerra, a todas las guerras, por devastadoras, por criminales, por asesinas, y si alguno de esos vendidos al oro beligerante os hablara de Italia, de la gran nación latina y del heroísmo de sus hijos, contestar con este documento de La Internacional (sección de Nápoles) publicado en 1878 en *L'Avant Garde*:

Por creerlo de gran utilidad, traducimos este grito antipatriótico de las madres de Italia y lo dedicamos a las madres de España, como a todos aquellos que trabajan porque esta nación intervenga en la guerra actual.

Todos tendrán algo que aprender, por eso lo traducimos para este semanario.

¡HIJOS, NO VOLVÁIS!

¡No volváis! Aunque en la frente os hiera la obscura amenaza; aunque la carencia de las caricias y los besos maternos os queме en lo más profundo del ser.

¡NO VOLVÁIS!

No volváis, para glorificarnos a nosotros; no volváis, para adquirir vuestra gloria.

Ha surgido la guerra sobre el viejo suelo y su hálito de muerte se ha extendido por doquier matando toda sonrisa en los labios, toda esperanza en el corazón, toda fe en sí, en el hombre, en la vida, en el mañana.

Ya nadie habla, ya nadie ríe. ¡Hasta las cosas están mudas! ¡Si viérais! ¡Es la desolación triunfante!

Por aquí ya han pasado los forzados del Rey; por aquí ya han pasado los hombres de las leyes y de los códigos llevándose todo. Se han llevado a los jóvenes, rojos como la esperanza, hermosos como la primavera, vigorosos y fuertes como la vida misma. Se han llevado de los surcos a los viejos, acompañados de las mujeres y de los niños, y aquel surco que era el amparo del viejo, ya no dará espigas, los niños no podrán comer pan, las mujeres, ya en el cielo desierto y en la tierra infecunda, llamarán en balde a sus hermanos, a sus maridos y a sus hijos y dirán que los han anulado para el mañana; han destruido el organismo en formación de nuestros pequeños y han aniquilado el pecho de los viejos, valiéndose del doble juego de los años y de la fatiga.

¡Y, todavía os reclaman a vosotros!

¡NO VOLVÁIS, HIJOS NUESTROS!

Os aprisionarían lo mismo que a los malhechores; os esclavizarían de tal manera que no consentirían siquiera que volváis

«La redención de las tierras *irredentas* es motivo de agitación entre la burguesía de Italia, que en *solemnes comicios* procura arrastrar al pueblo en provecho de sus miras interesadas. Nada de eso nos perturbe. Demostremos que, al fin, instruidos por tantas desilusiones, comprendemos el valor de la afirmación de los que viven a expensas de este orden social.

«Que los trabajadores de Trento y Trieste sean esclavos de los capitalistas alemanes o italianos es para nosotros completamente indiferente. Los únicos que pueden beneficiarse, exponiéndose frente a los cañones austriacos, son nuestros burgueses, que verán tal vez, gracias a nuestra sangre derramada, aumentar algunos kilómetros sus dominios. Nosotros, en vez de ser instrumento de su ambición, debemos emplear nuestras fuerzas para conseguir la redención de la tierra, destruyendo todo lo que pueda servir para oprimirnos, creando una sociedad equitativa y libre.

«Es la revolución la que debe interesar a los trabajadores de todos los países. Cualquiera otra agitación sólo tenderá a hacer más fuertes las cadenas que nos esclavizan y mantienen en la miseria y la ignorancia.»

De acuerdo en todo con este documento viejo, pero de gran actualidad, nosotros afirmamos que el proletariado español no puede por menos que, en caso que se quiera que España intervenga en esta contienda ancestral y bárbara, contestar con una huelga general que desorganice el poder económico y político de la nación, haciendo así imposible su intervención en la guerra.

No hay más dilema: contra la guerra, la huelga general, la revolución...

Esa es nuestra palabra.

Suscriben este manifiesto, el «Ateneo Sindicalista», de Barcelona y buen número de entidades obreras y centros de cultura.

LA GUERRA Y EL PROLETARIADO

Nuestra palabra

Compañeros:

Ha pasado un año desde que la diplomacia europea, aprovechando un pretexto burdo, cual era el atentado político efectuado por unos serbios en la persona del príncipe heredero de la corona de Austria, Francisco Fernando, acaecido en Sarajevo el 28 de junio de 1914, hizo estallar la guerra que hoy envuelve a Europa, haciendo miles y miles de víctimas de los más fuertes y vigorosos, que yacen, sirviendo de abono a la tierra, allá en Rusia, en Bélgica, en Serbia, en Francia, en Austria, en Alemania y, por último, en la Italia, convertidas en verdaderos cementerios por obra de esa enorme carnicería que asola al mundo. Unido a eso están la destruc-

ción y el saqueo de aldeas, de villas, de ciudades enteras que antes eran emporio del trabajo, del arte y de la ciencia en beneficio de todos los seres humanos.

Esta enorme carnicería, que amenaza envolvernos a todos, no tiene responsables, puesto que todos los jefes de Estado, que todos los gobiernos, quieren justificarse negando que ninguno de ellos sea el actor o coactor de esta enorme contienda.

La burguesía de todos los países lanza continuamente el *mea culpa*, pretendiendo rechazar toda responsabilidad que tiene en esta contienda. La burguesía y el gobierno, en todos los pueblos, han sabido, para engañar al proletariado, para mejor arrastrarlo a la carnicería, levantar una bandera, sirviéndose de la prensa, esa Celestina al servicio de los potentados, que conmoviera el alma sensible de las multitudes ignoras, y éstas fueron a la carnicería